

OTRO TERMÓMETRO DE PARÍS: LA NOCHE

Como Nueva York, algunas ciudades europeas también tienen su barrio de negros. En Barcelona, donde por el puerto llega toda novedad, hay un pequeño Harlem en la calle del Condé del Asalto.

Pero París, como es natural, tiene cuatro o cinco grandes bares de negros. El más famoso es el de la rue Doyai. En las primeras horas de la madrugada esta calle y su bar son tan oscuros por la piel de sus transeúntes como por la negra noche: chóferes, boxeadores, soldados, músicos y algún que otro bailarín que todavía va con su «smoking» hasta la hora de la salida de los carros de limpieza.

En aquella hora y por este lugar uno no encontraría demasiado exagerada la propaganda alemana, cuando dice que París es una ciudad de negros. Pero, en todo caso, sería de negros de desecho y, a menudo, tísicos: el clima de París hace trizas sus pulmones.

Quizá sólo una clase de negros aparenta prosperidad. Casi todos cubanos. Son los afortunados de la rumba, baile que hoy por hoy todavía no ha encontrado otro capaz de destronarlo. Todos estos negros cubanos tienen también su cuartel general. Está en Montmartre, en la «Cabane Cubaine», una «boîte» de noche que, por sus dimensiones, es más bien un cabaret.

La primera vez que fui a la «Cabane Cubaine» me acompañó un estudiante cubano que vivía en su espléndido pabellón de la Ciudad Universitaria, fundación de una cubana, doña Rosa Andréu, descendiente de una familia de nuestro litoral mediterráneo.

Como la mayoría de sus compañeros, este estudiante tiene una hestia negra: los yanquis. Pero esto no quita para que en ocasión de que a su fundación fué a pronunciar una conferencia sobre hispanoamericanismo mi compañero Antonio Tovar, y como de paso citase a Cuba como «nuestra antigua colonia», hubiese una gran reacción y en seguida viniese el acordarse del general Weyler. Por eso, con un tono de cierto innegable chauvinismo, al entrar en la «Cabaña Cubana» me dijo, como retándome:

—¡Qué te parece! ¿Es que esto tiene algo de España?

Ciertamente. A pesar de que aquí todo el mundo habla un castellano más o menos auténtico, no hay ningún ambiente español. En los taburetes del bar hay negros de todas las razas. Algunos, inequívocamente boxeadores. Otros, como el doctor Archimbaud, tenían aspecto de intelectuales. El doctor, ingeniero, héroe de las fortificaciones de Verdún, casi ciego por los gases y, naturalmente, condecorado como buen francés, a pesar de no ser cubano adora la rumba y es un asiduo de la «Cabane».

La decoración quiere evocar la cabaña del Tío Tom. Por entre una especie de zarzales, que pretende ser una manigua, unos negroides con blusas de gasa y faralaes sacuden incansablemente los saxofones.

A primera hora, la mayoría de las mesas están ocupadas por los negros. Después, cuando entra gente, invariablemente turistas, la densidad negra desaparece. El «maitre» les hace una señal y ellos —clientes habituales favorecidos por una reducción y tantos por ciento—abandonan las mesas para dejar paso a los recién venidos, que tienen lo peor que se puede tener: cara de turistas.

Entre mulatos, cuarterones y, lo mismo músicos que clientes, «maitre», camareros, etc., se hace una mezcla efectivamente democrática. A nuestro lado tenía un negro con un cogote que parecía que iba a escaparse del cuello alto de la camisa. Uno, que cree ser muy observador, opina que es un negro acaudalado que viene de vez en cuando de Nueva York, pero de pronto la orquesta ejecuta una cabriola, más «hot» que nunca, y el negro vecino se levanta y empieza aquello de: «¡biri, biri, biri, bob, biri, biri, biri, bob, biri, biri, biri, bob, biri, biri, biri, iiiii!!!» Los negros aplauden

transidos de entusiasmo y ríen a mandíbula batiente, mostrando algunos dientes de oro, pero también algunos colmillos afiladísimos, signo evidente de ascendientes antropófagos.

He dicho que sólo se habla allí castellano, pero ni una palabra de España. Allí no saben nada absolutamente de España, ni siquiera a través de las exageraciones de la prensa de París. Porque los que no son cubanos son sudamericanos. También los argentinos son muy aficionados a ir a la «Cabaña Cubana». Van allí para contrastar el tango y la rumba, los dos bailes que se disputan las pistas de París. Sobre la superioridad de uno y otro se entablan polémicas y se lanzan invectivas, que aunque pronunciadas con aire inofensivo, aluden muchas veces algún anonimado paterno.

Los argentinos de este medio ambiente adoptan un aire de superioridad y de protección ante los cubanos. Estos se sienten vejados, pero en su fuero interno ya están convencidos que nunca conseguirán hacerse en París un cartel comparable. Un poco como ser de ciertos partidos políticos, el solo hecho de ser argentino algunas veces ya incluye «profesión».

Con la orquesta cubana alterna un trío argentino, muy inferior por cierto al de los Irusta. Ayer noche, desde su sitio habitual, actuaban ante un micrófono. Cantaban aquello de: «Salí de Montevideo»; había un gran silencio. La voz espontánea de un cliente lo cortó:

—¡Ché! Muéstrales a los gringos algo más criollo. Nada de gallego, ché. Algo de tierra adentro, para que se enteren los gringos.

Después tocaron «El boyero», con silbidos, a cargo del segundo guitarrista. Los silbidos siempre hacen «muy tango». Algunas señoras—francesas ya bastante maduras y que con notable abundancia van solas a la «Cabane Cubaine»—se emocionaron de pies a cabeza. Después bailan con algún negro musculoso y de piel todavía más dura; lo demuestran sacándolas a bailar.

De vez en cuando hay clientes de categoría, familias de diplomáticos sudamericanos, que tutean a los camareros y al «maitre». Todo el mundo los acoge con cordialidad y reverencias. Pero hasta el otro día no vi que recibiesen a ningún cliente con tanta atención y respeto:

Moisés Simón es una especie de divinidad para todo este mundo de negros cubanos. Viene a ser una especie de alto consejero. Por eso a mí todo eso me recuerda ferozmente el libro «Green Pastures», que estos días, a través de su versión cinematográfica, ha popularizado la psicología y el clima de los negros de los grandes campos de algodón. Pero quien caciquea por aquí y organiza combates de boxeo, y lleva y trae a todos esos pobres entrenadores de ojos hinchados a puñetazos, es el dueño de la «Cabane Cubaine». Tiene la afabilidad característica de los que tienen unas gotas de sangre semítica en las venas. Sus cabellos alambicados y un poco de lechuga acaban de demostrar que uno de sus dos ascendientes no era tan vasco «pura sangre» como el otro.